

Armando Bazán

## Tres figuras de la aldea



**T**UGAL es como un nido enclavado entre altos cerros andinos: pueblo peruano de viajeros que arrancaban el vuelo desde allí, con su mercadería de sombreros de paja hacia los cuatro lados del mundo. Sin embargo, entre esas aves de alto vuelo, no faltaban algunos sedentarios, que ni siquiera conocían las aldeas vecinas; ni siquiera el río Marañón que estaba allí, a unos cuarenta kilómetros, con su maravillosa flora tropical, con sus noches fosforescentes y embriagadoras, como si fuera un país de otro mundo, con sus hombres pálidos y consumidos por el calor y el paludismo.

Es verdad que eran muy pocos esos hombres sedentarios; hasta podía contárseles con los dedos. Y en ese grupo estaba el sastre Sixto Pérez; hombre cuyas peripecias, no son, por eso menos dignas de recuerdo perdurable. y a quien todo Tugal conocía más bien por el noble apodo de: Mártir del Gólgota.

Era el sastre un hombrecillo regordete, moreno, de ruda y abundante cabellera intratable; su bigote lacio,

como pluma de ave negra, cubríale totalmente la boca, y en sus ojos grandotes, ardía todo el fuego de su naturaleza.

El mejor tesoro de este tugaleño era su exigua biblioteca que cabía holgadamente en el cajón de una mesa: una Biblia antigua, «Los Miserables», «El Conde de Montecristo», «El Judío Errante» y, el preferido de todos, en pasta de tela violeta y grandes letras doradas: «El Mártir del Gólgota», por Pérez Escrich.

En su estado normal, o sea desde el Lunes hasta medio día del Sábado, el sastre era la persona más atenta y apacible del pueblo. Y constituía un deleite oírle hablar en su taller, cuando entre prueba y prueba, relataba a sus clientes alguno que otro pasaje de su libro predilecto:

—¿Y cómo fué, don Sixto, lo de Lázaro?

—Mi señor y mi amigo, cuando nuestro señor volvió a Jenezaret y le dijeron: «Lázaro ha muerto», contestó: «Llévenme a donde está». Y lo llevaron pues, mi señor y mi amigo... Y ya lo tenemos delante de una tumba tapada con piedras y todo... Le quitan las piedras y Nuestro Señor hace oración ante el muerto que olía de taparse la nariz, y luego me lo mira... me lo mira... me lo mira, y dice: «Levántate Lázaro!» y, mi señor y mi amigo, hete aquí que Lázaro se levanta con su mortaja y todo, oliendo ya como cualquier cristiano... ¡Milagros! ¡Eso si que era hacer milagros!

—Y las bodas de Canaan, ¿cómo fueron?

—¡Ah! Allí hubo mucho pescado y mucho vino... Pero, aquí mi señor, no se sabe lo que es el vino. Cañazo y chicha de doña Magdalena, nada más; y pescado, no llega sino de meses y años, salado, cuando vienen los etenanos... ¡Allá en Jetsemaní si que hubo mucho pescado y mucho vino!

Y la conversación se hacía interminable con el cliente encantado.

Pero este mismo hombrecillo, que apenas alcanzaba a la mesa para cortar driles y casimires con sus enormes tijerotas, se transformaba de modo increíble cuando los Sábados por la tarde, salía dejando plancha fría e iba a la chichería de doña Magdalena, o a las cantinas de la plaza de armas para beberse unas cuantas copas de cañazo. Nadie podía conocerle entonces de tan hiriente, grosero y agresivo que se ponía.

Buscaba una esquina traficada, se paraba firme, como si no tuviera nada, y comenzaba a gritar con los ojos incendiados:

—¡Vengan, vengan cholos lanudos, carneros de Dios!

Los aldeanos que venían la víspera de Domingo para vender sus papas, su trigo y sus legumbres, ya le conocían muy bien; acudían pues y se aglomeraban a su alrededor.

Comenzaba entonces, siempre, en tono suave, lento; después iba subiendo el diapasón hasta que, por últi-

mo, se ponía violento, siguiendo las incidencias de su tema.

—¡Yo soy el Mártir del Gólgota, señores! Y puedo hacer milagros ante sabios y doctores... pero aquí, ¿dónde están?, que me traigan a los sabios y los doctores... ¡Ja! Sólo tinterillos y mercachifles hay... Campesinos y pastores, mis discípulos, si, ¿quieren que les enseñe a hacer milagros? Con una papa solita doy de comer a diez..., pero no a Uds. ¡tragonazos! ¿Y para qué voy a hacer vino del agua cuando aquí nadie toma vino? ¡Sólo chicha de jora les gusta! Chicha de doña Magdalena... ¡Magdalena! sí... Yo perdoné a la Magdalena. ¿Quién tira la primera piedra, cholos bandidos? ¡Ah fariseos malditos! ¡Ah filisteos! Les rompería un palo en la cabeza...

Algún pícaro del grupo solía gritar entonces:

—¿Y cómo fué lo de Gestas?

—«Yo no contaba con éstas», dijo Dimas... ¡Ladronazo, tú, ladronazo!... Y Gestas le contestó:... ¡te jodiste, por ladronazo cholo bestia!...

Y se lanzaba entonces violentamente a desmedido pugilato, para salir bien pronto con la cabeza rota y la nariz sangrante. Cuando acudían sus clientes y amigos, para llevarle así, en peso hasta su casa, los campesinos se desbandaban saltando como raras alimañas barbudas, con sus ponchos de colores.

\* \* \*

A la Rosita Suárez le decían, sus amigas jamonas:

—El día que tú te cases con el Sixto, no volverá a tomar una sola copa en su vida. Así lo dice jurando.

—¡No, no! Negro como es, retaco, no me caso, ni así fuera San Antonio . . .

Así decía esa mujercilla flaca y paliducha, de quien, cuando no estaba presente, sus amigas decían:

—Es un palo de escoba con falda puesta . . . Pero vale en oro lo que pesa.

No mentían. Era una figurilla rara con sus altos tacones y sus moños aplastantes que le caían casi hasta los ojos, ocultándole la generosa frente, apagándole el brillo dulcísimo de su mirada. Fuera del sastre Pérez ningún tugaleño presuntuoso habría pensado en casarse con ella a pesar de que valía en oro su peso.

Y valía así, porque, simplemente, era la mejor tejedora de sombreros en el pueblo; porque una vez sentada sobre su labor, sobre un manojillo de paja fina como el hilo fino, anudado a uno de sus extremos, se le pasaba allí de diez a doce horas diarias, semana tras semana, hasta que al cabo de un mes, poco más o menos, surgía de sus mágicos dedos un sombrero albeante, flexible como apretada seda: una maravilla de arte destinada a lucirse, a lo mejor, sobre una cabeza calva de gringo millonario, en Londres.

Una pequeña fortuna, por esas lejanías y por aque-

llos tiempos: treinta soles peruanos, era lo que quedaba en manos de la Rosita cuando el sombrero pasaba a poder de los negociantes que iban a venderlo por el triple a Lima, Manaos, o más allá de los mares.

Austera y frugal como ella sola, nutriase de casi nada como los pajarillos: «Se alimenta del aire» decían las gentes. Y como además, ella misma, sabía hacerse sus vestidos sencillos, resultaba ahorrando casi toda su ganancia. Gran parte de los treinta soles iban pues a parar, hechas diminutas y graciosas libras peruanas y esterlinas en una caja pequeña de latón venida desde muy lejos: una cajilla de finísimo té inglés en cuya tapa venía pintado un hermoso caballero rubio de ojos soñadores, fumando en cachimba de ambar. Encantadora figura en aquella cajilla esmaltada, que por esos lugares valía más que un cofrecillo de nogal o de cedro.

La Rosita venía mirando desde hacía tiempo esa estampa con un deleite de mujer enamorada, hasta que un día se dió cuenta de que esa imagen no sólo estaba grabada en la tapa de latón sino que vivía en el fondo de sus ansias, animándose misteriosamente entre el calor de sus ilusiones . . .

El anhelo de un caballero rubio era general en todas las tugaleñas casaderas. Cualquiera de esas mujercillas trigueñas y de rostro con reminiscencias aborígenes, se habría sentido dichosa al saber que se desposaría con una cabellera dorada y unos ojos azules soñadores, es cierto. Obraban para elló, las leyes del contraste y la

pésima idea que tenían de los tugaleños, «botarates» y mujeriegos. Pero en el caso de la personilla reservada y creyente de la tejedora, la cuestión se agudizaba al máximo. Para ella, esa esperanza terminó siendo la única razón de su existencia...

Y, en tal caso, ya podía el sastre Sixto Pérez, «negro y regordete», jurar mil veces por el Mártir del Gólgota, que sería el mejor hombre del mundo una vez que se casara con la Rosita.

La Rosita estaba ya prometida a un enigmático caballero rubio.

¿La fuerza del pensamiento, dirigida sin tregua en un sentido fijo, llega a producir, al fin y al cabo lo que uno anhela, o es que el pensamiento tiene, en algunas personas el don de alumbrar vagamente la obscuridad del porvenir?

Es igual, para el caso; lo cierto es que el personaje llegó el día menos pensado. No había duda. Estaba visible y tangible en Tugal. Y se llamaba John. Y los tugaleños le decían «el gringo John»: un hombre corpulento, de ojos azules, rubio, de cabeza pequeña, casi del mismo tamaño de su manota cuando estaba contraída.

Hablando de él las gentes decían:

—Es un marinero que se quedó de jarana en Pascamayo, y va viajando sin rumbo conocido.

Otros decían:

—Minero ha de ser. Y dicen que huye de la justicia.

El extranjero hacía entender en un inglés acriollado, que había sido minero en Gales, marinero en el «Baldwin», y que ahora era mecánico andarín.

Lo decía en las cantinas de la plaza de armas, sin soltar la baraja de las manos y con su copa de cañazo, a falta de wiski, infalible a la mano, cuando salía de paseo una vez que acababa de componer cualquier trasto viejo cuya reparación le encomendaban y que podía ser, ya una chapa de puerta, un paraguas, o un reloj de pacotilla.

Rosita lo había visto una vez, en la plaza de armas, de pie, sobresaliendo con su corpulencia entre un grupo de hombrecillos que no le llegaban ni al hombro. Cuando supo que era inglés y que componía aparatos de todo género, sacó un viejo péndulo inservible, le sacudió el polvo y lo llevó hasta la misma posada donde el gringo había improvisado su taller.

Al recibir el vetusto aparato, John Smith, ni siquiera reparó en la pequeña señorita que, después de contemplarlo tanto como pudo, arrobada como ante la estampa de su cajilla, se fué sin que tal indiferencia la desanimara en lo más mínimo.

—¡Hasta muy prontito, mister John!

—¿Haría falta que los dedos mágicos de la tejedora siguieran tejiendo la trama sutil que acababan de empezar para que la encarnación de su ideal no se escapara?

No hizo falta... pues, ¿para que estaban allí, la

dueña de la posada y los amigos del gringo que no podían estarse jamás callados?

La dueña se acercó al taller cuando el gringo seguía aún examinando el péndulo:

—Mister John, mister... Esa señorita llamarse Rosita... La primera tejedora... ¡mucho money... mucho money!...

—¿Mucho money?—Abrió los ojos curiosos, miró a la patrona que movía los dedos en la palma de la mano, y se puso a conversar animadamente...

Cuando tuvo el péndulo caminando mal que bien, el mismo mecánico se presentó en casa de su clienta y se puso a adosarlo al muro mientras observaba minuciosamente todo lo que veía. ¿Dónde podía estar el mucho money? ¡Miles de Miles! ¿Dónde podían estar? Porque eso que tenía ante los ojos no era para revelar de ninguna manera nada de mucho money: sillas de madera rústicas, mesillas ordinarias, una máquina de coser, y, junto al lecho, apenas oculto detrás de una cortinilla floreada, un baúl de cuero claveteado formando arabescos. Allí no podía estar el mucho money... ¿No estaría enterrado en alguno de esos rincones?..., así suelen guardarlo por estas tierras de América, los indios...

Y mientras la Rosita no hacía más que sonreírle a millares, bajo la sombrilla negra de sus moños, el gringo John se puso alegre, encendió su cachimba y se puso a conversar:

—Mi limpia la máquina . . . Mi compone todo jir.

—Todo lo que Ud. quiera, mister John.

Al cabo de media hora se marchó con su cachimba entre los dientes negruzcos, sin querer recibir el precio de su trabajo, dejando en su camino una estela humeante de tabaco montañés.

Mientras se anunciaban pésimos días para el sastre tugaleño, la amistad del gringo John con la tejedora se hizo vertiginosamente amor para los ojos de todo Tugal; y el amor culminó en matrimonio relámpago. Ante los hechos que se presentaban «consumados», ni el cura Pereira, ni los padrinos exigieron mayores formalidades ni documentos. Simple confesión y comunión dominical; nada más. Y el baile de la boda se hizo en casa de los padrinos: el alcalde y su mujer. Casi todo Tugal dió allí sus vueltecitas, bebió repetidos vasos de chicha, tomó caldo de gallina al amanecer.

Y aunque todos sabían lo que estaría pasando en el amor propio del sastre, nadie dijo ni una palabra al respecto.

. . .

Los acontecimientos habían sido tan precipitados que dejaron, de primera intención, completamente desconcertado y silencioso al hombrecillo de las anécdotas y de las reyertas. Durante un mes entero se estuvo sin tomar ni una sola copa de licor. Pero un día de esos no pudo ya más y dejó que aparecieran ante los ojos

de la gente, los estragos de su desastre. Y comenzó a embriagarse no solamente los sábados por la tarde, sino dos y tres veces por semana. Ni quería contar anécdotas bíblicas a sus clientes, ni hacer prédicas callejeras a los estancieros. Se dedicó a pensar en el gringo John, Y después se dedicó a perseguirle, cuando se ponía ebrio. Comenzó su asedio con cierta timidez, con cierto recóndito respeto, pero al cabo de algunos días lo hizo ya con todo desenfado y atrevimiento.

Solía encontrarle en las cantinas, con la baraja en las manos, la cachimba infalible y el frasco de cañazo con su copa hacia su diestra. Entonces se lo quedaba mirando largamente para iniciar, y de pronto exclamaba:

—¡Gringo fariseo!, ¡gringo filisteo! ¿Mi máquina no está mal compuesta? ¿Cuándo anda el reloj de don Quintiliano? ¡Ja, gringazo filisteo!

—Mi compone máquina vieja, ya no valer más. Mi no entiende filisteo.

—¡Mi no entiende, mentecato, ladronazo!... Mi no entiende... ¡Ja!

—Yes. Mi no entiende, mi juega.

Y continuaba su juego entre las risotadas de los demás presentes que deseaban secretamente, con toda el alma, el pugilato.

Vanamente. La colisión no llegaba a producirse nunca, a pesar de que el sastre se refería ya hasta a cuestiones de su matrimonio: «Tú querer sólo money, mucho money, gringazo filisteo. Tú no querer a la Rosita», le había dicho la última vez. Y los hombres que

presenciaban tales escenas, todos violentos e impulsivos que no habrían tolerado ni la centésima parte, no podían explicarse la helada flema de ese hombrón formidable, que sólo de una manotada habría podido dejar tranquilo en toda regla a su injuriante.

Pero lo cierto es que las cosas seguían así, y cuando las gentes veían por las calles a esa extraña estampa tugaléña de un gringo gigante con su miniatura de mujer al brazo, exclamaban maliciosamente:

—Allí va el gringo «mi no entiende», con su muñequita.

Sin embargo, merodeaba cercanamente el drama, y no tardó en producirse de manera prevista, ruidosa y espectacular en la vida del sastre; de manera imprevista, silenciosa, escondida en el matrimonio de la tejedora.

Sixto Pérez había perdido totalmente el dominio de sí mismo y era ya un hebrío consuetudinario. Vendía o empeñaba los driles o casimires intactos, no cumplía nunca con sus compromisos. Sus clientes terminaron por irritarse y le hicieron embargar un día su máquina de coser y sus mejores útiles de trabajo. Una tarde se encontró en su taller enteramente a solas con sus enmohecidas tijerotas; había bebido nada más que unas gotas de alcohol, pero eso le bastaba ya para ponerse trastornado. Cogió las tijeras, las escondió debajo de su chaqueta raída y se dirigió por centésima vez en busca del inglés. Lo encontró, como siempre, en la cantina y los hechos se produjeron atropelladamente:

—¡Gringo fariseo!, ¡gringo filisteo!

—¡Mi no entiende fariseo!

—¡Gringazo cobarde, ladronazo!

Y cuando el gringo dejaba esta vez la baraja para levantarse diciendo, «¡God demis...!», el hombrecillo regordete se lanzó con los ojos que saltaban como dos carbones ardientes, tijeras en mano, con una furia diabólica. Y de seguro que habría dado malamente en su blanco si un espectador que adivinó sus designios no se hubiera interpuesto a tiempo, recibiendo en el cuello el profundo tijeretazo destinado al gringo John.

\* \* \*

Dos meses habían transcurrido desde el día en que Sixto Pérez entrara a la cárcel con una condena por homicidio frustrado. Afuera, el gringo seguía casi como antes, sólo que, cada vez más asiduo a la cantina, porque su crédito de mecánico había disminuído mucho, y porque, además, ya casi todas las cosas viejas de Tugal habían pasado por sus manos y nada quedaba por componer. Por su parte, la Rosita seguía tejiendo sus sombreros, siempre feliz de haberse casado con ese hombre ante cuya presencia se sentía hourada, aunque cada día resultara más bebedor y desaprensivo. Ese hombre era para ella el cuerpo tangible de lo que había sido el único ideal de su vida. Y eso bastaba. Perteneía la tejedora a esa categoría de seres humanos creyentes, que una vez entregados a una esperanza

no tendrán ya en adelante ninguna capacidad de discernimiento para ver la verdad en el caso de que esa esperanza, una vez realizada, resultara siendo sólo un esqueleto. Y aunque el extranjero hubiera sido peor de lo que era, ella se habría sentido siempre dichosa con tenerle a su lado.

¡A su lado!... Condición que, precisamente, iba a fallarle.

En forma inesperada, el gringo dió a entender a su mujer que la mañana siguiente se marcharía hacia una hacienda del Marañón para componer allí un trapiche.

El viaje se presentaba un poco extraño, pero no tenía por qué asombrar a nadie. Sin embargo, algo invisible, pero agudo advirtió la tejedora en los ojos de su marido, algo cortante que fué a jugar en su corazón como la punta de un cuchillo, algo como la garra de la muerte, cuando, llegado el momento, le vió montar en el caballo y alejarse diciéndole:

—Mi vuelve tri dey, mi derling. Adios, good by...

Algo mortal que, una vez desaparecida la cabalgadura, al doblar la primera esquina, la hizo cerrar su puerta y dirigirse hacia el baúl de cuero claveteado que estaba junto a su lecho.

Y no es que tuviera la menor duda de la sospecha que había estado a punto de fulminarla hacía unos instantes; no: era que quería, simplemente, dar una satisfacción tremenda a sus sentidos: a su vista, a su tacto.

Dentro del baúl estaba la fina cajilla de té inglés. Y pesaba exactamente como antes. Y al abrir la tapa, podían verse las monedas de oro... en la superficie solamente, pues debajo todo era de cobre. Dos soles justos en viles centavos a cambio de cien libras peruanas y esterlinas.

Rosita Vargas no tuvo espíritu, o lo tuvo en demasía para no pensar, ni siquiera remotamente, en denunciar al fugitivo. Sólo quiso llorar, y lloró sin consuelo, con toda la amargura del mundo; lloró abundantemente, como si toda la sangre de su cuerpo diminuto se hubiera transformado en lágrimas. Cerró después la caja y, como pudo, con lo que encontró al alcance de su mano, golpeó y desastilló el esmalte hasta borrar de la tapa la imagen de un sueño que se iba arrebatándole diez años de trabajo junto con su más entrañable ilusión.

Instantes después abrió de nuevo la puerta que daba a la calle, se sentó sobre su labor y sus mágicos dedos de artista y de santa recomenzaron a tejer...

\* \* \*

La mañana del primer domingo que siguió a esos tristes sucesos, algunos tugaleños vieron que la Rosita llevaba, caminando a través de la Plaza de Armas, un canastillo colmado de bizcochos y otras cosas agradables a la vista y al paladar, y que se dirigía a la

cárcel, que estaba no lejos de su casa, frente a la iglesia del Carmen en donde acababa de salir.

Y ese día, Sixto Pérez, el Mártir del Gólgota de Tugal, supo detrás de unas rejas de cárcel, por primera vez en su vida, lo que es el deleite incomparable del amor y la ternura en este mundo.